

DOCENCIA E INVESTIGACIÓN: DOS FACETAS DE LA TAREA UNIVERSITARIA

Carmen Sáenz Hernández*
y María Isabel Sáenz Hernández**

Introducción

El quehacer universitario ha ocupado por siglos un lugar preeminente en la gestación de líderes y conductores de la sociedad, así como en los avances de la ciencia y de la técnica que han contribuido al progreso humano.

Algunas instituciones pueden concebirse como “agentes de cambio”, por su especial influencia en las personas y en la sociedad entera; entre ellas se encuentran: la familia, la empresa y la universidad, pues su actividad transformante incide positiva o negativamente en el entorno, y a su vez, los cambios externos repercuten en ellas (Bañares, 1994).

El Beato Josemaría consideraba la institución universitaria como una gran empresa de servicio a la humanidad: “Miremos con ánimo grande hacia el porvenir –señalaba en uno de sus discursos en 1964–. Ayudar a forjarlo es labor de muchos, pero muy específicamente empeño vuestro,

* Licenciada en Química y Farmacia. Doctora en Tecnología de Alimentos. Profesora e Investigadora. Directora de la Escuela de Posgrado de la Facultad de Ciencias Agronómicas, Universidad de Chile; esaenz@uchile.cl

** Postítulo en Filosofía de la Educación. Diplomada en Formación de Formadores. Profesora.

profesores universitarios” (Escrivá de Balaguer, 1964a).

El Beato Josemaría estuvo ligado a la institución universitaria desde muy joven. Y tuvo especial agradecimiento a la Universidad de Zaragoza, institución donde recibió su primera formación intelectual. Este influjo lo reconocería públicamente años más tarde, al recibir el Doctorado Honoris Causa: “Siete lustros han pasado ya desde que abandoné las aulas de la Universidad de Zaragoza y las tierras de Aragón donde nació. Largos años que no han conseguido borrar de la mente el recuerdo, ni ahogar en el corazón el afecto por aquella Universidad ni por esta tierra. En la Roma eterna, junto al sepulcro de Pedro, o viajero por todos los caminos de Europa, su memoria ha estado y sigue estando siempre muy presente en mí” (Escrivá de Balaguer, 1960).

Su interés y preocupación por los universitarios y por la universidad misma, lo llevó a impulsar numerosas iniciativas, muestra de ello son las diversas Universidades y Centros de Formación Profesional repartidos por los cinco continentes y las Residencias y Colegios Mayores Universitarios, que deben su existencia a su celo y empuje.

El Beato Josemaría se sintió siempre un universitario, se movió en las aulas, desde sus épocas de alumno, como pez en el agua (Vásquez de Prada, 1998) y su mirada de la universidad, aun siendo –como lo señalaba en una entrevista en 1967– su opinión personal, es inseparable de su ser sacerdote; por lo que siempre veía almas en todos los que en ella laboran: profesores, alumnos y funcionarios. Almas a las que hay que acercar a Dios, guardando siempre un profundo respeto a la libertad personal “nadie puede –señalaba en la misma entrevista antes citada– violar la libertad de las conciencias” (Escrivá de Balaguer, 1975, n. 76).

La proyección del quehacer docente: reflejo del ser del profesor

La docencia universitaria tiene especiales características y puede considerarse como una actividad en que la donación prima por sobre los intereses personales. Exige por parte del profesor, una dedicación total a los alumnos. El Beato Josemaría, en sus años de Profesor de la Academia

Cicuéndez, donde preparaba a los alumnos para los exámenes de la carrera de Derecho, era a la vez maestro y amigo (Vázquez de Prada, 1998), por ello, años más tarde podía recomendar a los profesores como experiencia vivida “formad a los alumnos de tal modo que jamás se encuentren solos, que no tengan que experimentar jamás la amargura de la soledad” (Escrivá de Balaguer, 1964b). El Beato Josemaría utilizaba el lenguaje en forma precisa y al emplear el término “jamás” en la afirmación recién señalada, conocía exactamente la exigencia y entrega que implicaba para el profesor; sin embargo, es esta entrega la que marca la frontera entre la sola instrucción y la formación plena, integral, de los alumnos. “No hay Universidad propiamente –afirmaba– en las Escuelas donde, a la transmisión de los saberes, no se una la formación enteriza de las personalidades jóvenes. Ya el humanismo helénico fue consciente de esta riqueza de matices. Pero cuando –llegada la plenitud de los tiempos– Cristo iluminó para siempre las arcanas lejanías de nuestro destino eterno, quedó establecido un orden humano y divino a la vez, en cuyo servicio tiene la Universidad su máxima grandeza” (Escrivá de Balaguer, 1964a).

La competencia profesional debe acompañar a quien desee prestar un verdadero servicio, más aún si éste involucra la alta misión de formar a otros. Lejos del profesor estará por tanto, lo que señalaba el Beato Josemaría, bromeando, refiriéndose a los que alardean de una sabiduría postiza, “el talento de Don Estupendo, que por la mañana dice lo que de noche estuvo leyendo” (Echevarría, 2000). La reflexión, el estudio, son necesarios para alcanzar la verdadera sabiduría. El vencer el cansancio que conlleva el quizá largo esfuerzo que significa la comprensión de los problemas, o el ahondar en la investigación, es imprescindible si se quiere llegar a alcanzar la verdad. “Cuando tu voluntad flaquea ante el trabajo habitual, recuerda una vez más aquella consideración: ‘el estudio, el trabajo, es parte esencial de mi camino. El descrédito profesional –consecuencia de la pereza– anularía o haría imposible mi labor de cristiano. Necesito –así lo quiere Dios– el ascendiente del prestigio profesional, para atraer y ayudar a los demás’ ” (Escrivá de Balaguer, 1986, n. 781). También conoció este esfuerzo el Beato Josemaría, quien intentando avanzar en sus estudios de doctorado, ya radicado en Madrid y en los inicios del Opus Dei,

indicaba en sus *Apuntes íntimos*: “No tengo dinero. Como he de trabajar –a veces excesivamente– para sostener mi casa, no me queda tiempo, ni humor para los trabajos inmediatos de esos doctorados” (Vázquez de Prada, 1998). Sin embargo, a pesar de ello, logró no sólo sacar esos estudios pasando por la experiencia –nada fácil– de tener que iniciar un nuevo tema de tesis, al haberse perdido durante la guerra civil española, lo avanzado en su primer intento.

Los frutos de ese esfuerzo, sin embargo, deben tener como destino principal el llegar a otros, el ser compartidos. No es la erudición per se lo que debe mover al profesor, sino la entrega. La generosidad en la entrega de los conocimientos alcanzados debe ser un principio de conducta que caracterice el ser del profesor. Qué presente lo tenía el Beato Josemaría cuando señalaba: “Profesor: que te ilusione hacer comprender a los alumnos, en poco tiempo, lo que a ti te ha costado horas de estudio llegar a ver claro” (Escrivá de Balaguer, 1986, n. 229).

Junto a este esfuerzo, debe estar la coherencia de vida; cualidad altamente valorada por quienes contemplan día a día el comportamiento del profesor. Los alumnos son implacables escrutadores de la vida de los profesores. Descubren con mirada penetrante no sólo su grado de inteligencia, o su modo de transmitir los conocimientos, tienen especial intuición para descubrir el fondo del ser del profesor. Enseñar por tanto con el ejemplo, es un aspecto que va más allá del mero conocimiento de una determinada disciplina. En su modo de enseñar, en su comunicación diaria con los alumnos, el profesor refleja su verdadera interioridad, la sabiduría, que se ha forjado en él a partir del esfuerzo y del estudio. Se fijarán especialmente en el respeto que tiene el profesor a las opiniones ajenas, su amor a la libertad personal, su justicia, su lealtad, si sabe escuchar y atender a los demás con interés, saliendo del egoísmo de considerar sólo lo que reporta beneficios personales. La formación de los estudiantes desde una perspectiva integral, más allá de lo que es la necesaria instrucción profesional, exige formar a la persona entera: cuerpo y espíritu. Un profesor creyente, tendrá el sincero deseo de que sus alumnos encuentren la verdad completa, la Suprema Verdad, por lo que respetando su libertad, tendrá en cuenta que se le entregan las inteligencias de los alumnos casi incondicionalmente, de ahí la responsabilidad de verter en ellas la verdadera

sabiduría. Por tanto, independientemente de si en su Universidad se enseña la doctrina cristiana o no, a través de sus conversaciones, de sus clases, con su ejemplo, deseará vivamente que sus alumnos descubran a Dios.

Adelantándose a lo que Juan Pablo II señala respecto a la unidad de vida de los fieles laicos,¹ el Beato Josemaría, comentaba “Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el cuerpo y en el alma– santa y llena de Dios” (Escrivá de Balaguer, 1975, n. 114). En un profesor creyente es esa vida la que le da a su quehacer el mayor atractivo. El prestigio profesional, la preparación seria y profunda, son anzuelos para ganar almas para Cristo: “¿Te das cuenta de lo que supone que tú seas o no una persona con sólida formación profesional? ¡Cuántas almas!...” (Escrivá de Balaguer, 1986, n. 622).

Más adelante, con la mirada puesta en el fin último del hombre, el Beato Josemaría señalaba en un discurso académico “Salvarán este mundo nuestro –permitid que lo recuerde– no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta” (Escrivá de Balaguer, 1974a). Es, en definitiva ese ejemplo de combate diario por alcanzar la unidad de vida, el que arrastrará a los alumnos a descubrir que detrás de una clase bien hecha, de un rato de atención y conversación, de las horas de trabajo codo con codo en un laboratorio, de la entrega generosa de conocimientos, hay un motivo profundo que mueve de un modo total la vida del profesor: el Amor a Dios.

El influjo de la tarea docente, realizada con rectos criterios cristianos, fue por tanto para el Beato Josemaría, una esperanza de verdadero cambio en la sociedad; la influencia que tuvieron en él algunos de sus Profesores

¹ “En su existencia no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida ‘espiritual’, con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida ‘secular’, es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura” (Juan Pablo II, 1988, n. 59).

de la Universidad de Zaragoza, a uno de los cuales llamaba luego de muchos años, cariñosamente “mi maestro” (Vázquez de Prada, 1998), fue sin duda lo que lo hizo valorar también la huella profunda que puede llegar a dejar un buen profesor en sus alumnos.

La investigación parte integrante de la tarea universitaria

Como señala Mons. Álvaro del Portillo (1992), “en la universidad los investigadores son también maestros, o si se prefiere, los profesores son también investigadores”. Es inseparable lo que se investiga de lo que se enseña; la docencia se enriquece con la investigación y la investigación con la docencia. El deseo de saber de los alumnos marca en ocasiones rumbos nuevos e insospechados en la investigación que realiza el profesor. La investigación, no es sólo una herramienta para lograr nuevos descubrimientos, para hacer avanzar la ciencia y la técnica, sino un acercamiento y encuentro con la verdad y por tanto un servicio de primer nivel que se presta a la sociedad.

El hombre tiende a la verdad, la busca con afán y las verdades parciales no logran saciar su sed de la Verdad absoluta. Esta búsqueda en ocasiones no resulta tarea fácil; “(...) El amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública” (Escrivá de Balaguer, 1974a). Ese amor a la verdad aparece ya con toda su posible carga de dificultades, en los primeros escritos del Beato Josemaría, resultado de su experiencia de joven sacerdote, escribe en *Camino*: “No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte” (Escrivá de Balaguer, 1965).

El Beato Josemaría hacía una alabanza del quehacer de los investigadores, señalando en un discurso en 1967 “Sois unos preclaros cultivadores del Saber, enamorados de la Verdad, que buscáis con afán para sentir luego la desinteresada felicidad de contemplarla. Sois, en verdad, servidores nobilísimos de la Ciencia, porque dedicáis vuestras vidas a la prodigiosa aventura de desentrañar sus riquezas, pero además la tradición cultural

del Cristianismo, que trasmite a vuestras tareas plenitud humana, os empuja a comunicar después esas riquezas a los estudiantes, con abierta generosidad, en la alegre labor del magisterio, que es forja de hombres, mediante la elevación de su espíritu” (Escrivá de Balaguer, 1967). Y más tarde en 1972 señalaba: “Soy sacerdote de Jesucristo y contemplo con alegría los avances grandiosos de la sabiduría humana. El Señor otorgó al hombre, como prueba de su amor de predilección, el privilegio de ese chispazo de la inteligencia divina que es el entendimiento. Y es una maravilla comprobar cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente tienen que llevar a Dios, porque contribuyen –si son verdaderamente científicas– a acercarnos al creador” (Escrivá de Balaguer, 1972).

La sencillez, la humildad, se reconocen como signos de la verdadera sabiduría. Juan Pablo II nos pone en guardia a este respecto: “Embriagado por las prodigiosas conquistas de un irrefrenable desarrollo científico-técnico, y fascinado sobre todo por la más antigua y siempre nueva tentación de querer llegar a ser como Dios (cfr. Gn. 3,5) mediante el uso de una libertad sin límites, el hombre arranca las raíces religiosas que están en su corazón: se olvida de Dios, lo considera sin significado para su propia existencia, lo rechaza poniéndose a adorar los más diversos ‘ídolos’ ” (Juan Pablo II, 1988, n. 4). En esta misma línea, varios años antes señalaba el Beato Josemaría: “Cuando se descuida la humildad el hombre pretende apropiarse de Dios, pero no de esa manera divina, que el mismo Cristo ha hecho posible (...) sino intentando reducir la grandeza divina, a los límites humanos” (Escrivá de Balaguer, 1974, n. 165).

Reflejo de este modo de comportarse será por tanto la prudencia en las afirmaciones; será preferible callar y estudiar más a fondo el problema; tardar más tiempo en llegar a un resultado, que hablar o escribir a la ligera, superficialmente, con claro peligro de falsear la verdad, de confundir, prefiriendo el lucimiento personal, el manifestar poseer una opinión, no adhiriéndose, por frivolidad en último término, a la verdad. Los alumnos elogian y valoran más la honradez del profesor que reconoce no tener antecedentes suficientes para emitir una opinión, que la actitud de quien parece siempre saberlo todo, aun cuando esté lejos de ello. Bien dice el Eclesiastés: “Si tienes ciencia, contesta a tu prójimo; mas si no, pon tu

mano sobre tu boca” (Eccle. V, 14) y le hace eco el Beato Josemaría (1965) en *Camino*: “De callar no te arrepentirás nunca, de hablar muchas veces”.

La rapidez vertiginosa con que se desarrolla la vida actual, puede contagiar al investigador y hacer que pretenda obtener resultados inmediatos, claros y ciertos en poco tiempo, atropellando en ocasiones la necesaria rigurosidad científica; ese modo de ver la investigación no se compadece con su esencia, que va unida a la reflexión, a la paciencia, a la perseverancia. La calma acompaña de ordinario a la investigación, calma que no se confunde con el no hacer, con la pereza del que rehúye el esfuerzo por la pena que éste comporta; ya lo decía el Beato Josemaría al hablar del modo de trabajar: “(...) al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra. ¡Qué bien cuadran aquí los versos del poeta de Castilla!: ‘Despacito y buena letra / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas’ ” (Escrivá de Balaguer, 1975, n. 116). Es imprescindible la rigurosidad en la búsqueda de la verdad: “Resulta experiencia penosa observar que algunos, menos preocupados de aprender, de tomar posesión de los tesoros adquiridos por la ciencia, se decidan a construirla a su gusto, con procedimientos más o menos arbitrarios. Pero esa comprobación te ha de llevar a redoblar tu empeño por profundizar en la verdad” (Escrivá de Balaguer, 1986, n. 597).

Los grandes avances han sido siempre resultado de una ardua labor, en la que el tiempo, por decirlo de alguna manera, no ha contado. El investigador se propone una meta, un objetivo y en muchas ocasiones no será él el que vea los resultados finales, si se pueden llamar así los logros de la investigación que, se puede decir, no tiene fin. El crear escuela, el tener discípulos, es una herencia necesaria para asegurar la continuidad en la tarea universitaria, en la investigación, en la creación de conocimiento. En 1967, el Beato Josemaría refiriéndose a los méritos de uno de los profesores a los que le otorgaba, como Gran Canciller de la Universidad de Navarra, el Doctorado Honoris Causa, señalaba: “(...) Pero quizá más valor tiene todavía esa otra serie de antiguos discípulos y de colaboradores, que ocupan cátedras en tantas Facultades (...), y que son la más elocuente prueba de la eficacia de un profesor” (Escrivá de Balaguer, 1967).

Conclusiones

A la luz de las enseñanzas del Beato Josemaría se destaca el extraordinario alcance de la profesión universitaria, en su doble faceta de docencia e investigación. En ella reluce de modo especial, el servicio a los demás, a la sociedad, a la Verdad, que son inseparables, para un profesor cristiano, del mandato recibido del mismo Cristo de llevar hacia Él la creación entera (Jn. 12,32), de ponerlo, con palabras del Beato Josemaría, “en la cumbre de las actividades humanas”, respetando la libertad personal de todos, pero con la clara conciencia de que Dios quiere servirse del “apostolado de la inteligencia”, para reinar en el corazón de los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Bibliografía

Bañares, Leticia. *La cultura del trabajo en las organizaciones*, Madrid, Rialp, 1ª ed., 1994.

del Portillo, Álvaro. “La Universidad en el pensamiento y en la acción apostólica de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer”. En *El mundo que viviremos. La Universidad en 25 años del UNIV*, Madrid, Rialp, 1992.

Echevarría, Javier. *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 3ª ed., 2000.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. Discurso. 1960. “Trascendencia social de la educación”. En *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, Pamplona, EUNSA, 1993.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. Discurso. 1964a. “Formación enteriza de las personalidades jóvenes”. En *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. “Con los amigos de la Universidad”, 1964b. En *Redacción*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, noviembre, 1976.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. *Camino*, Madrid, Rialp, 23ª ed. castellana, 1965.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. Discurso. 1967, “Servidores nobilísimos de la ciencia.” En *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. Discurso. 1972, “La Universidad ante cualquier necesidad de los hombres.” En *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. Discurso. 1974a. “El compromiso con la verdad.” En *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. *Es Cristo que pasa*, Madrid, Rialp, 8ª ed., 1974b.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 10ª ed., 1975.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. Homilía “Amar al mundo apasionadamente”. En *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*.

Escrivá de Balaguer, Josemaría. *Surco*, Madrid, Rialp, 2ª ed., 1986.

Juan Pablo II. Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, Santiago de Chile, Ed. Paulinas, 1988.

Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei, I. ¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 4ª ed., 1998.